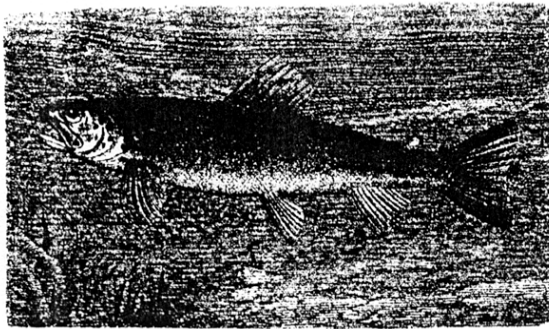


SOBRE LA FIABILIDAD DE LAS FUENTES ESCRITAS

IGNACIO PÉREZ GARCÍA

“El amante de las pesca encontrará abundancia de ríos virgenes en España en los que nunca ha sido arrojada una mosca. Los indígenas no tienen la más lejana idea de como se pesca con mosca, ni tampoco, y esto es lo mejor, la tienen los peces, que se lanzan sobre



la mosca con ansiedad...”

“Ponferrada es también un excelente lugar para el pescador de caña, entre arroyos trucheros virgenes que nunca han sido profanados por moscas artificiales. Los peces acuden con todo el entusiasmo del hambre gallega y con su ignorancia del arte mecánica...”

“El Bierzo tiene arroyos cuya vista haría levantarse en su misma tumba a Izaak Walton como una trucha ante una mosca de mayo...”

Una lectura poco cuidadosa de estos 3 párrafos de texto aparentemente simple y fácil de entender puede dar lugar a interpretaciones de lo más dispar, y posiblemente nada fiables. Así por ejemplo, si el que esto lee es un pescador de mosca de nuestros días, desconocedor del autor del texto y de su fecha de datación, añorará los tiempos pasados en que esto se escribía y en los que nadie pescaba a mosca y los ríos eran virgenes, y lo creará todo a pies juntillas (aunque le puedan quedar cierta desazón ante la duda de quienes serán los indígenas a los que se refiere el autor, y no tenga la más remota idea de quien fue ese tal Isaac Walton).

En cambio, si el que lee los mismos textos no está interesado para nada en la pesca ni en la naturaleza, se sentirá dolido por la actitud de desprecio que parece manifestar el autor al referirse a unos indígenas (?) españoles, al hambre gallega o a un pobre y desconocido difunto del que parece estar riéndose...

Pero en lo que la mayoría estaría de acuerdo es que, si el que leyera las citas antedichas fuera un lector culto, y conociera al autor y la fecha en que fue escrito, nos podría indicar sin

sombra alguna de duda el grado de fiabilidad del texto, el rigor de lo que en él se dice, y hasta como debe ser interpretado. Y seguramente se equivocaría también de cabo a rabo.

Revisemos ahora algunos datos del autor y del texto, con objeto de profundizar en el conocimiento de los hechos :

Quién esto escribió, a mediados del siglo pasado, no fue otro que el ilustrado viajero, militar y pescador inglés Richard Ford, en su conocido “Manual para viajeros por España y lectores en casa”, en el que, como buen pescador y cazador, no puede menos que deshacerse en elogios ante la paradisíaca naturaleza española y sus fantásticas posibilidades cinegéticas y piscícolas, dejando claro que nuestro país conservaba relativamente intacto gran parte de su patrimonio natural, en manera alguna comparable con el ya mucho más civilizado y humanizado paisaje inglés.

Dichos elogios se convierten en críticas y desprecios cuando se trata de hablar de las personas (indígenas, ¿Cómo aparecería en la versión original?) que habitaban España en 1850, entre otros motivos porque los responsabilizaba directamente nada menos que de la muerte del glorioso general Moore (que había desembarcado con sus ejércitos con el único y desinteresado fin de ayudar a los nuestros en su lucha contra los franceses), al haberle traicionado abandonándole a su suerte cuando se replegaba ante el acoso de las tropas napoleónicas.

Por otra parte, el mencionado Izaak Walton fue el inglés autor del famosísimo libro de pesca publicado en Inglaterra en 1653, “The Compleat Angler or the Contemplative Man’s Recreation”, del que se han realizado hasta el momento más de 400 ediciones, y que ha sido publicado en España bajo el título “El perfecto pescador de caña o la distracción del hombre contemplativo”.

Su tratado de pesca es y ha sido siempre una referencia obligada para cualquiera que se muestre mínimamente interesado en la historia de la pesca, máxime si se trata de un pescador de su misma nacionalidad. Por ello, el hecho de considerar que un río es tan atractivo y sugerente que haría resucitar al mismísimo Izaak Walton, dice mucho a favor del río.

Una vez llegados a este punto, tenemos ya bastante información para interpretar los hechos y situaciones narrados con una cierta fiabilidad, pero nos falta un pequeño detalle : el tipo de público al que se dirige.

Pues bien, el inteligente y observador Richard, el autor de esa descripción aparentemente tan

completa y rigurosa de la España del siglo XIX, pudo pecar de exceso de prepotencia, consciente de que sus escritos iban dirigidos a las clases medias y altas inglesas. Por ello, seguramente se permitió ciertas “licencias” para halagar y satisfacer el herido orgullo inglés, describiendo y relatando los hechos tal y como pensaba que les gustaría que hubieran sido a sus compatriotas, aún a fuerza de no ceñirse en exceso a la realidad (al fin y al cabo serían muy pocos los que, tras leer sus libros, pudieran aventurarse a seguir sus pasos por nuestro solar patrio, para certificar el grado de fiabilidad del cronista). O tal vez se trataba única y exclusivamente de su particular y sesgado punto de vista, enfocado siempre a resaltar aquellas actividades que más pasión desataban entre sus posibles lectores, cargado de ciertos prejuicios, y ajeno en parte a su desecho de ser lo más objetivo posible (siempre que ello no amenazara las ventas potenciales de sus libros).

Lo cierto es que, a la vista de tantos y tantos factores que han podido influir o determinar en última instancia la redacción de un párrafo de un libro, nos tememos que muchas de sus opiniones y afirmaciones relacionadas con las costumbres, el carácter y la idiosincrasia de nuestros paisanos de entonces, jamás podrán ser verificadas totalmente si no es por contraste o franca coincidencia con otras fuentes documentales coetáneas (que en cualquier caso podrían incurrir en los mismos o parecidos defectos).

Y, tras toda esta disertación, ¿qué pensarían si les dijera que prácticamente la única afirmación vertida en este texto que no ha sido puesta en entredicho (nadie pescaba con mosca artificial en los ríos españoles hasta que llegó Richard Ford) es totalmente falsa? Pues así es, dado que en 1624 (29 años antes de que Izaak Walton escribiera su famosa obra), Juan de Vergara redactó el que se considera el primer catálogo ordenado de las moscas artificiales para la pesca de la trucha, llamado “Libro de adereçar y adobar plumas para pescar truchas” o, más familiarmente, “Manuscrito de Astorga”, ya que “va sacado y aprobado por libros de pescadores de mucha hesperiençia y conprobado por Lorenço Garçia, pescador, veçino desta ciudad de Astorga”.

Según este manuscrito, en 1624 (230 años antes de que Ford pisara nuestra tierra), ya había en León pescadores de mosca con mucha experiencia...

Hablaremos de todo ello en otra ocasión.